

# RESEÑAS

J CRARY, Jonathan. 24/7. *Capitalismo Tardío y el Fin del Sueño*. Editorial Herder. España. 2014. E-book

Aníbal Lares  
Universidad Pedagógica Libertador-  
Instituto Pedagógico de Maturín.  
E-Mail: alarez80@hotmail.com



“Dentro del paradigma neoliberal globalizado, dormir es de perdedores”; este enunciado recoge el espíritu del libro escrito por Jonathan Crary, Profesor de Historia y Teoría del Arte en Columbia University. Habitamos un capitalismo incesante, indetenible, sin pausa. veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Nada queda fuera de su control, ni siquiera dormir. Nunca está fuera de servicio.

Preocupa al autor la consolidación de una forma capitalista que funciona de manera productiva y eficiente. En esta sociedad, la producción del conocimiento social se plantea la búsqueda y obtención de conocimientos aplicable a los seres humanos para transformarlos en sujetos sin voluntad política y eficacia simbólica. Las instituciones, incluyendo los laboratorios militares, buscan la formación de un sujeto que sólo obedezca órdenes y consignas. Para Crary, las alteraciones cognitivas, técnicas y culturales desencadenadas por la IV Revolución tecnocientífica -nanotecnología, robótica, lógica fractal, etc.- trastocan los fundamentos de la sociedad del conocimiento e innovación, y modifican la estructura perceptiva y sensorial de los seres humanos, fabricando un mundo que “excluye cualquier posibilidad de atención, protección y acogida” (Cap. 1, p. 10).

Sin entrar a discutir si estamos en el umbral de una sociedad y una ciencia posthumana, Crary plantea que los cambios que vive la humanidad en esta época están dando lugar a la emergencia de otra figura de ser humano: el sujeto moderno y su respectiva experiencia perceptiva se remodela resignificando el sentido de lo que significa ser humano.

Un dato extremadamente importante que se aborda en el texto es su reflexión sobre la noción de tiempo en el que estamos inmersos. En efecto, las innovaciones científicas y técnicas excluyen la presencia humana de los “circuitos de mando, control y ejecución” de las actividades propiamente humanas. Esta presencia se rige, de ahora en adelante, por la “imposición de un modelo de tiempo robótico, eficiente y funcional, al cuerpo humano”, y se fracturan los vínculos entre los individuos y lo que Crary denomina “texturas rítmicas y periódicas humanas”, porque el tiempo no tiene duración, es una “duración sin interrupciones”, en funcionamiento continuo. Se trata de un tiempo que no pasa, ininterrumpido y que no es mensurable. Simplemente, es un tiempo que pasa.. Reiteradamente el autor habla de tiempo sin pausa, tiempo no humano que produce consecuencias en la constitución de la identidad personal y social de esta época.

Estas identidades se han reorganizado, sostiene Crary. Se reorganizan y definen a partir de la adaptación de la presencia humana al funcionamiento continuo y siempre en movimiento de los sistemas productivos, que están entrelazados -es decir, en red- con los sistemas técnicos de información, que permite la conformación de un modelo de “rendimiento social” cuya eficacia se mide por la capacidad de adaptación y flexibilidad de los seres humanos en sus interacciones con las máquinas. La eficacia

de estas identidades está sujeta a la aptitud para surfear en un mundo serpenteante, algo así como aprender a saber dónde están las olas y en qué momento subirse a ellas. Es decir, dado que el capitalismo del que habla Crary contiene un funcionamiento ininterrumpido, tenemos que aprender habilidades y destrezas para ocupar un lugar -siempre flexible y cambiante- en un tiempo que no cesa y que provoca una suspensión de la vida en virtud de que el único proyecto plausible es el proyecto de saber montarse en las olas y navegar sobre ellas. Devenir otra cosa radicalmente distinta a lo ocurre en este momento, resulta imposible.

De ahora en adelante el tiempo útil, el tiempo con “sentido” y que vale, es el tiempo de las finanzas, de la economía y de las redes de información; el tiempo de la alteridad que es tiempo de la interrupción y la transformación, queda excluido en esta nueva lógica de la conectividad. Peor aún: todo se mide desde los conceptos de productividad y racionalidad financiera, es decir, mediante el cálculo y la lógica del beneficio empresarial y corporativo. Un dato para pensar: Crary toma prestado de la filósofa australiana Teresa Brennan, el concepto de desregulación biológica para mostrar la discrepancia existente entre los ritmos que impone el mercado a los seres humanos y su capacidad biológica para responder a las exigencias del mercado capitalista que, repetimos, no tiene pausa. El ritmo del mercado nos excede, nos sobrepasa y nos conduce a alteraciones psíquicas, emocionales y afectivas que se traducen en ansiedad, stress, miedo y otras psicopatologías que inundan la vida de muchos seres humanos. Escribe que “Teresa Brennan acuñó el término biodesregulación (bioderegulation en inglés), para describir las brutales discrepancias entre la operación temporal de los mercados desregulados y las limitaciones físicas inherentes a los seres humanos para responder a esas demandas” (Cap. I, p. 20).

No obstante, la presencia humana está inmersa en un modelo de actividad que se define como estar en movimiento, nunca parar, Apoyándose en el libro “El nuevo espíritu del capitalismo” de Luc Boltansky y Eve Chiapello, Crary, extrae la siguiente afirmación: “Estar siempre haciendo algo, moverse, cambiar: esto es lo que goza de prestigio frente a la estabilidad que es, a menudo, sinónimo de inacción” (p. 21). Se puede agregar que para esta racionalidad, los sujetos no sólo se mueven y tornan flexibles, contraen, además, una rivalidad permanente - ¡competición sana ¡- como algo propio de la teoría del capital humano. ¿A dónde vamos con este modelo de actividad, donde el alma de los sujetos no está enlazada a la vitalidad de la vida, sino al mundo de la empresa globalizada y neoliberal? Todo se convierte en ambiente de trabajo: los individuos, divididos, se inscriben en ese ambiente, atiborrados de tareas, remodelando -aprender a aprender- sus perfiles existenciales como estrategia de sobrevivencia ante la voracidad empresarial y productiva. Prevalece una ética del rendimiento que consiste en nunca desconectarse ni de las redes de información ni de lo que ocurre en el mercado. El que se desconecta es un perdedor para este modelo. La aparición pública de los seres humanos. al igual que su ideal de felicidad, descansa en su capacidad de adquirir y consumir cosas.

Para Crary, en la noción de progreso y modernización que ofrece el capitalismo globalizado y neoliberal subyace un empobrecimiento sensorial. Su modelo de rendimiento y eficacia coloca la riqueza en peligro de extinción (no es casual que los hombres más ricos del mundo, dueños de una riqueza que no se puede calcular, se están planteando alternativas -abandonar el barco dice el experto Douglas Rushkoff- para enfrentar posibles desastres naturales derivados del cambio climático o una guerra nuclear, que para algunos es inminente ) y mediante la desposesión de las capacidades humanas psíquica y afectivas, apunta al empobrecimiento de la vida humana, haciéndola cada día más insignificante y superflua. El modelo -o consigna según Crary- 24/7 muestra la discrepancia “entre el mundo de la vida y la evocación de un universo con un botón de encendido para el cual no existe botón de apagado” (Cap. 2, págs. 2-3). Como si la vida se redujese a bajar contenidos, bloguear, trabajar, en fin, atados al tiempo de un capitalismo que siempre está en movimiento.

Ahora bien, a partir de su lectura de Hannah Arendt, intenta plantear lo que significa tener presencia -estar presente en ese mundo- en esta época. Porque en verdad, en el modelo 24/7, la presencia humana se expresa en tanto seres humanos que trabajan, producen y consumen... y viven conectados. Para Crary, esta imagen es una imagen de autonomía y autosuficiencia que oculta la verdadera condición humana, que es vulnerable y frágil. Necesita entrar en relación, transformarse en un ser relacional no porque es autónomo y autosuficiente, sino por su condición de vulnerabilidad. La exposición humana consiste en salir a encontrarse con la otredad, con la extranjería, que exige poner en ejercicio el principio de hospitalidad humana. El capitalismo destruye la noción de experiencia compartida. Esta experiencia es banalizada y convertida en un asunto superfluo. Para Crary, 24/7 es una consigna pensada, a partir de Deleuze-Guattari, como “una pequeña sentencia de muerte”, y al mismo tiempo como “un grito de alarma y un mensaje de fuga”. En el primer caso, la consigna paraliza y evidencia la falta de poder del sujeto para darle sentido a su vida. Pero, también es la oportunidad de emprender lo nuevo mediante un gesto de resistencia. En línea con Deleuze, se trata de pasar de las afecciones tristes a las alegres. Lo extremadamente Preocupa la conversión de la consigna 24/7 en un dispositivo cognitivo y político cuya finalidad es la gestión y valoración del campo perceptivo de los sujetos. Estamos ante un proceso de desintegración de las posibilidades de ver el mundo en su alteridad porque la consigna nos ha desposeído de nuestras capacidades para observar y teorizar el mundo de otra manera, en virtud que estas capacidades han sido sometidas a procesos de estandarización visual y reflexiva. En este capitalismo, dice el autor, la visión ha sido desactivada y con ello se ha implementado exitosamente una “disminución creciente” de nuestra sensorialidad. Como si se tratase de un texto literario, Crary escribe: “Las disposiciones actuales son comparables a las lámparas de iluminación de alta intensidad o a las condiciones climáticas durante una tormenta de nieve, en las que hay poquísima diferenciación tonal para poder hacer distinciones perceptivas y orientarse. El resplandor no es aquí un fenómeno de brillo literal, sino más bien la brutalidad ininterrumpida de una estimulación sostenida en la que una gama más amplia de capacidades de respuesta se congela o neutraliza”. (Cap. II, pp. 43). La consigna 24/7, “pequeña sentencia de muerte”, una forma de ver el mundo que a su vez impide otras formas de verlo. En el marco del capitalismo globalizado, conducido por las corporaciones y sus variantes imperialistas, el individuo está expuesto a una mayor desprotección y vulnerabilidad que pone en entredicho su mentada condición humana. En la época de mayor desarrollo tecno-

lógico y capacidad productiva, en su vida laboral y cotidiana está sometido a un desgaste psíquico y emocional derivado de las psicopatologías inherente al modelo de sociedad de control a la que pertenecemos. En primer lugar, para surfear la ola en este mundo y no caerse, el individuo debe aprender y aplicar las reglas de dicha sociedad: no parar de moverse, implicarse en los ritmos productivos y emocionales. Esto es, estar siempre motivado ante lo que sucede -no quejarse-, modificar continuamente lo que sabe y lo que hace, porque si no cambia, se cae de la ola. No es una educación para toda la vida entendida como ejercicio de formación y transformación, sino cambiar en concordancia con los modos como cambia el mercado, los aparatos productivos y los modelos de gestión de los ritmos que estos últimos imponen. Un rasgo de fragilidad o vulnerabilidad a la que se exponen los individuos. Además, si se acepta la idea de Deleuze acogida por Crary, los individuos desarrollan una rivalidad interminable entre ellos, dado que nadie quiere ser bajado de la ola modernizante y desarrollista que difunde la sociedad de control.

En segundo lugar, surge un proceso de descualificación cognitiva y emocional. En el mundo del trabajo, los individuos -ya lo dijimos con antelación- están expulsados de las actividades vinculadas al diseño, control y evaluación de la producción. No intervienen en el modo de pensar el trabajo lo que deriva en una suspensión del acto de conceptuar y el consecuente empobrecimiento de la experiencia perceptiva y sensorial del trabajo. Su “implicación” es sencillamente operacional, y termina asociando trabajo con presionar botones o desplazar el mouse en el ordenador.

En este sentido, arribamos al problema crucial que el autor presenta en su ensayo: pérdida de la empatía, de la sensibilidad, proscripción de la alteridad. Se nos ha impuesto de manera estandarizada y estereotipada, una estructura óptica de la realidad y del pensamiento. El mundo es presentado como una cosa técnica que debe ser dominado y manipulado como estructura operacional. En esta mirada, el mundo termina empequeñeciéndose cultural y simbólicamente. Preocupa, en otra dirección, que este extraordinario ensayo no ofrezca un aporte que, a modo de gesto de resistencia, replique el orden simbólico que las corporaciones han diseñado y actualizado en forma continua. Más allá de las referencias a Foucault y Deleuze, entre otros, habría que preguntarse por las oposiciones y creaciones a la racionalidad descrita: porque de lo contrario queda la sensación que de manera dócil y normalizada estamos inscriptos sin resistencia en las estructuras de observación y percepción de la sociedad de control.

Muchos fragmentos por explorar en este ensayo que nos da a pensar. Y, por último, ¿por qué fin del sueño? Porque a pesar de tener funciones de reparación ante el desgaste y de regeneración biológica y emocional, cuando se duerme, el individuo ni produce ni consume. Pierde “la” sociedad. Por ello se requiere -y en ello se trabaja, según Crary- de medios farmacológicos, neurológicos, terapéuticos, que permitan al individuo mantenerse insomne durante veinticuatro horas al día, durante siete días, sin presentar algún déficit físico, cognitivo o emocional: siempre despierto, siempre “pila”, sin disminuir sus capacidades y con un alto rendimiento funcional sea cual sea la ola que le haya tocado.